

## AC 12 88

Materia Introducción a las Humanidades Autor Lourdes Toranzo Fecha de emisión 18 de abril 1983 Título ¿Qué es el hombre? El hombre en Platón Intentamos exponer a nuestros alumnos del curso de acceso una serie de conceptos que fueron la base platónica de lo que hoy llamaríamos una imperecedera antropología. ¿Qué sentido dio Platón al hombre? ¿Sobre qué basamentos fundamentó su esencia, su existencia? ¿Qué relación tienen las afirmaciones platónicas con nuestra nueva antropología? A estas cuestiones intentamos contestar partiendo de una concepción totalmente distinta, diametralmente opuesta a la de nuestro filósofo, la antropología hoy vigente. ¿Cuáles son los límites y el centro de esta antropología que se llama nueva y que debemos fechar en la segunda mitad del siglo XX? La nueva antropología se desarrolla paralela a una civilización tecnológica.

Observación que, como se apreciará más tarde, no tiene ningún punto de contacto con la concepción que del hombre tuvieron los filósofos del pasado y, concretamente, Platón. La actual antropología se puede resumir en una absolutización de la técnica del hombre técnico. La técnica, que empezó siendo un mero instrumento para ayudar a vivir al hombre, se ha convertido en un criterio de vida.

La técnica es una especie de creador del mundo que lucha con todas sus fuerzas por crear bienestar. Una vez creado, el esfuerzo técnico debe dedicarse a mantener tal bienestar a toda costa. En efecto, el mejor nivel de vida se ha instalado en la actual antropología en el fin y norma del actuar humano.

Se entiende bajo esta óptica el grito de Nietzsche. Dios ha muerto, viva el superhombre. Y también este adagio sofístico.

El hombre es la medida de todas las cosas. La verdad objetiva hoy no tiene sentido frente a la verdad del hombre. No hay valores fijos, todo es provisionalidad.

Tal valor interesante en un momento histórico deja de ser válido cuando ya no es utilitarista. Lo único válido, puestas así las cosas, es la propia individualidad. Las consecuencias son funestas.

Queda rota la posibilidad de comunicación entre los hombres porque cada uno quiere ser monarca absoluto. Lo que significa que los demás hombres no son monarcas absolutos y lo desean igualmente. Hay que defenderse de los posibles opositores y se recurre a la verdad de la fuerza, a costa de la fuerza de la verdad.

La manifestación más clara de lo que le habíamos dicho es la propaganda. Que será comercial o bien se tratará de la propaganda ideológica. Los medios de los que se dispongan, la perfección que ofrece la técnica, desempeñarán un gran rol en esta contienda de predominio de la propia individualidad.

Y la razón interviene menos cada vez porque el hombre actúa según la sugestión del

inconsciente. Del siglo XX d.C. pasemos al V a.n.e. Intentemos contemplar al hombre platónico, al hombre dueño de sí mismo. Para ello vamos a conocer los principios de acción que según el filósofo griego se reducen a tres.

El deseo, la valentía y el pensamiento. Según la terminología actual, el acto y la acción están relacionados con el yo. De tal modo que cuanto más fuerte es la personalidad del individuo, mayor es la correspondencia entre el yo y la acción y más inseparables serán la intención, el acto y la acción.

Porque todo acto y toda acción suponen un instante y una realización, un propósito y una terminación. La acción para Platón emerge del alma, que es hermana de las ideas. El alma está hecha para contemplar las ideas y el objeto propio de estas ideas es lo verdadero, lo puro, lo inmutable, lo divino.

Ya se habrán dado cuenta nuestros alumnos de que el salto que acabamos de dar en el tiempo y en la concepción del tema es de tal magnitud que casi se diría que hemos empezado a hablar en otro idioma. No, el idioma es el mismo. Lo que ha dado un giro de 90 grados es la concepción antropológica del hombre.

Bien, pues los tres elementos o principios de acción de los que habla Platón son el deseo y todas las pasiones concupiscibles. Tiene su localización en el vientre. Hay otro principio que es la valentía o las pasiones irascibles.

Se asienta en el corazón. Por último, el principio de acción que es el pensamiento. Tiene su asiento en la cabeza.

Hay una clara finalidad en la existencia de este tercer principio. Ordenar, mandar, someter a los otros dos. Hace falta que la cabeza mande porque ella es la que puede saber qué es lo bueno y esto lo consigue mediante la virtud de la prudencia.

También es necesario que el corazón siga los dictados de la razón tanto en la buena aventura como en la adversidad. Cuando el hombre posee el placer y se desenvuelve en un ambiente de felicidad como en las épocas dolorosas en las que nuestras acciones se entrecruzan con las ajenas. No se trata pues de conseguir el éxito o el fracaso de nuestras acciones sino de lo que hay por debajo de ellas, su sentido y su orden psíquico y ético.

Tal valoración está determinada por la virtud de la valentía. Ha sido siempre una discusión casi bizantina el empeño de los filósofos por determinar qué elemento interviene de modo preeminente en la acción. Si la razón o el querer, bien clara está la postura principal de la razón en el pensamiento platónico.

Añadimos ahora para que los alumnos puedan sacar sus propias consecuencias unas reflexiones de Abad Carretero, el autor contemporáneo de la filosofía del instante que está a medio camino entre el idealismo y el realismo. Afirma Abad Carretero. Hay un oculto sentido en nuestras acciones que tiene fuerza mayor que lo que solemos calificar de acto inteligente.

Las luchas entre los hombres no se libran entre inteligencia sino entre querer. Ni el cerebro es el que realiza por sí solo la función de pensar ni el corazón el único que verifica la de sentir. En todo querer hay plenitud de sentido y por debajo de todo pensar hay un querer que lo impulsa.

Pasamos ahora a determinar el primer principio platónico de la acción el que hemos llamado deseo. Es bueno, afirma Platón, que la parte concupiscible del hombre se deje llevar y moderar por la razón y también por el corazón bien que esté sometido a la razón. De esta manera consigue el hombre poseer la virtud de la templanza.

Consecuencia de este entramado de elementos y de virtudes es la armonía emparentada con la virtud de la justicia. La conciliación armoniosa entre el ideal estético del orden y el ideal ético de la justicia era para Eugenio Dors la base de la libertad. Pues bien, 24 siglos antes decía Platón que sólo en el orden puede encontrar el hombre la paz.

Sólo en el orden, que quiere decir subordinación de una cosa a otra, es decir, lucha por conseguir que cada cosa ocupe su sitio. Es la justicia, sigue diciendo Platón, una virtud que hace al hombre dueño de sí mismo porque no se ve impulsado por presiones externas a él. El hombre justo es el que tiene sus ojos fijos en la idea del bien.

Platón, ese no es esclavo, sino libre. Con su característico procedimiento del mito, Platón describe el hombre justo y lo diferencia del injusto recurriendo al mito del carro. Se trata de un carro tirado por dos corceles.

Uno es dócil y el otro no se somete a las órdenes de la origa. Si triunfa este segundo, acabará por tirar el carro al suelo. Esto ocurre cuando el hombre se deja llevar por sus deseos impetuosos, por sus pulsiones, por la búsqueda insaciable de placeres y satisfacciones sensibles que son apariencias de alegría, fantasmas engañosos.

Si se deja llevar por el segundo corcel, el hombre llegará a una felicidad aparente, mezclada de penas. Su destino será un destino sin expectativas. El fin será un desorden, un desequilibrio total.

Por opuestas, detallamos a continuación unas características de la cultura erótica y estética treconizada en nuestros días por Marquis que asegura el paso de Marx a Fouquier. Fouquier es uno de los precursores del socialismo francés con gran popularidad. Se le ha calificado como el verdadero utópico del bienestar.

Efectivamente, su sistema, al que se remite Marquis, ofrece a todos un bienestar, un frenesí permanente que convertiría toda la vida en un juego. Juego erótico, juego estético, juego musical y el trabajo se transformaría en placer. La realización de las pasiones produciría la armonía social más completa y el mayor bienestar.

Para Marquis, el nuevo criterio de la civilización será Eros, su nuevo principio, el principio de placer, que aparece como modelo de mitos sobre la perdida unidad originaria del hombre y la

naturaleza. La esencia del placer es muy otra para Platón. Es devenir, no es un ser.

El placer es un medio, no es un fin para el discípulo de Sócrates. Y por otra parte, el alma no está hecha para quedarse en un placer sensible, del mismo modo que la inteligencia no está hecha para tener como objeto las sombras de la caverna. El alma aspira al bien, como la inteligencia se alarga hasta el encuentro con la verdad.

Hasta aquí hemos expuesto las acciones del hombre, los tres elementos que las determinan. La posición que en la escala de valores debe tener el placer sensible. Como complemento, leeremos para ustedes unos párrafos del libro IV de la República de Platón.

¿Y esa expresión, dueño de sí, no es ridícula tomada al pie de la letra? ¿Porque no sería entonces un mismo hombre dueño y esclavo de sí, ya que esa expresión se refiere a la misma persona? Sin duda. Mira pues a mi ver en qué sentido debe tomarse. Hay en el alma del hombre dos partes, una superior, inferior otra.

Cuando la parte superior manda en la otra, se dice del hombre que es dueño de sí. Y esto es un elogio. Más, cuando por defecto de educación o por cualquier mala costumbre, la parte inferior cobra imperio sobre la superior, se dice del hombre que es desordenado y esclavo de sí mismo.

Lo cual es término de censura. Justa me parece esa explicación. Un poco más adelante, en este mismo libro IV de la República, Platón trata del orden y de la armonía a la que hemos hecho referencia en párrafos anteriores.

Dice así el diálogo platónico. Después de haber establecido orden y concordia entre esas tres partes, de haber puesto en ellas un acorde perfecto, como entre los tres tonos extremos de la armonía, la octava, la baja y la quinta, y entre los restantes tonos intermedios, quiere, digo, que entonces comience a obrar el hombre, ya se proponga acumular riquezas, ya cuidarse de su propio cuerpo, ya acogerse a la vida privada, ya intervenir en los asuntos públicos. Que en todas esas circunstancias, el hombre de acción haga justa y hermosa toda acción que haya hecho nacer, y que mantenga en él ese hermoso orden.

El hombre de prudencia conviene a la ciencia que preside las acciones de tal naturaleza, y que, por el contrario, llame acción injusta a la que destruya ese orden, y que llame ignorancia a la opinión que preside semejantes acciones. Nada más cierto, mi querido Sócrates, que lo que dices. Una vez puestas las bases de la acción justa y armoniosa, nos preguntamos con Platón si esa justicia, si ese orden, proporcionará al hombre la dicha a la que constantemente aspira.

Pues bien, nunca la tierra será para Platón el lugar de la justicia. Es imposible, por tanto, encontrar aquí, en la vida presente, la dicha. El alto ideal a que aspira todo hombre no es realizable en el dominio de la apariencia y de la opinión, es decir, en este corto intervalo de tiempo que llamamos vida.

La mayoría de los hombres, continúa diciendo Platón, han llegado a concluir que la injusticia reporta más beneficios que la justicia. Como consecuencia de esta observación, los hombres se

han hecho injustos. Es más, el colmo de la injusticia consiste en aparecer justo sin serlo.

También es cierto que hay hombres sencillos y generosos que pretenden ser buenos. Son los hombres que han descubierto la verdadera luz, no la apariencia de luz que quería conocer el hombre atado en la sombra de la caverna. Este es el verdadero justo.

Será un hombre escarnecido por los demás, porque la apariencia violenta la verdad. La apariencia de justicia tiene la capacidad de seducir, es más brillante, más fuerte. Por eso, mientras el hombre vive esta vida, la apariencia de justicia es el camino que asegura la dicha.

Si las cosas son así, ¿dónde y cómo se alcanza la dicha verdadera? Para contestar a estas preguntas, Platón comienza explicando el verdadero origen del alma. Para Platón, el alma es algo totalmente diferente del cuerpo. El yo es el alma y solo el alma.

El cuerpo es la sombra o imagen que nos acompaña en esta vida. La relación alma-cuerpo es accidental, y mientras dura esta unión, el alma no puede ser dichosa, porque se encuentra como en una cárcel que es el cuerpo. En el *Gedón* dice textualmente nuestro filósofo... La razón no tiene más que un camino que seguir en sus indagaciones.

Mientras tengamos nuestro cuerpo y nuestra alma esté sumida en esta corrupción, jamás poseeremos el objeto de nuestros deseos, es decir, la verdad. En efecto, el cuerpo nos opone en mil obstáculos por la necesidad en que estamos de alimentarle, y con esto y con las enfermedades que sobrevienen se turban nuestras investigaciones. Por otra parte, nos llena de amores, de deseos, de temores, de mil quimeras y de toda clase de necesidades, de manera que nada hay más cierto que esto que se dice ordinariamente, que el cuerpo nunca nos conduce a la sabiduría.

Si queremos saber verdaderamente una cosa, es preciso que abandonemos el cuerpo y que el alma sola examine los objetos que quiere conocer. Sólo entonces gozamos de la sabiduría de la que nos mostramos tan celosos, es decir, después de la muerte y no durante la vida. Libres de la locura del cuerpo, conversaremos con hombres que gozarán de la misma libertad y conoceremos por nosotros mismos la esencia pura de las cosas.

Porque quizá la verdad en esto sólo consiste, y no es permitido alcanzar esta pureza al que no es asimismo puro. Por todo ello, concluye Platón, que no hay que cuidar del cuerpo más de lo necesario. Debemos mantenernos puros, como a distancia del cuerpo, hasta que el Dios nos libere totalmente de él.

El alma es, pues, el asiento de la dicha. Es lo verdaderamente importante para el hombre. Es más, es el mismo hombre.

¿Y cuál es la esencia del alma para Platón? El alma es una esencia invisible, inmaterial, espiritual y supraterránea. Cuando los dioses dieron al alma una envoltura, es decir, el cuerpo, a la vez la dotaron también de otra especie de alma. Esta ya es mortal y posee terribles pasiones.

La concupiscencia del placer, enfermedades, dolor, el miedo, la ira que es implacable, la esperanza, la pasión del amor que a todo se atreve. No es que el hombre tenga dos almas, sino que esta segunda alma equivale a una de las partes del alma de las que habla Platón en la República y a las que hemos aludido al tratar de la acción humana. Estas partes del alma son La espiritual o racional, que actúa mediante el pensamiento.

La irascible, donde se alojan afectos nobles como ira, ambición, valor. La concupiscible, donde está el instinto de conservación, el apetito sexual, el placer, el desagrado. Pues bien, la propia y verdadera alma es la espiritual.

Así, el alma descrita en el diálogo Fedón está libre de todo elemento sensible. Esto no puede llegar a conseguirse en este mundo, pero sí con la muerte. Con esa distinción, abrió Platón una gran polémica en la psicología de todos los tiempos de la cultura occidental.

La distinción entre sensibilidad y espíritu. Y también, la distinción entre las potencias anímicas superiores y las inferiores, es decir, las propias del conocer y las propias del apetecer. Vamos a exponer ahora unas ideas platónicas sobre el origen del alma.

Primera idea. El alma está en manos del demiurgo. De él procede el comienzo del alma.

También del demiurgo procede el alma del mundo. Cuando el demiurgo formó el alma, se la entregó a lo que Platón llama dioses creados, a la Tierra y a los planetas que son instrumentos del tiempo. Estos dioses están encargados de alimentar al hombre, de envolver el alma de cada uno en un cuerpo y de recoger de nuevo el alma cuando se acabe la vida.

Segunda idea. Aunque el alma se compone de las dos partes de las que está formado el mundo, que son lo indivisible, eterno, invariable, y lo divisible, invariable, sin embargo, el alma no procede de un efluvio del mundo. Platón, en su concepción del alma, no es ni hemanatista ni panteísta.

Tercera afirmación. Cada alma es individual. Tiene su propia estrella donde le espera su patria.

Por consiguiente, habrá tantas almas como estrellas. De esta afirmación deduce Platón la causa de la nostalgia que siente todo hombre que contempla un cielo estrellado. Esta nostalgia es la compañía de los deseos humanos de lo supratemporal.

Cuarta afirmación. El alma conoce a priori las eternas verdades. Y, por último, la quinta afirmación.

El alma tiene varios nacimientos. El primero procede del demiurgo, como hemos visto hace poco. Pero si tiene un determinado origen, el alma no acaba nunca.

Al concluir su paso por la tierra, se presenta ante el dios de los muertos para dar cuenta de su vida. Puede haber dos soluciones. Que sea destinada junto a los bienaventurados.

O que sea llevada a regiones subterráneas donde peregrina durante mil años. Luego, hay un

segundo nacimiento que ahora ya lo elige la propia alma. Este género de vida elegido ya no se mudará.

De ahí que la responsabilidad caiga sobre el alma que ha sido la que ha elegido su destino. Y de ahí también el gran peligro de equivocarse. Algunos, en efecto, eligen un destino que les parece lleno de aventuras, de éxitos.

Se equivocan. Y prevalece ya en sus vidas la desdicha, la sin razón y la codicia. La mayoría de las almas eligen de acuerdo con lo que hicieron con sus vidas en el primer nacimiento.

Es definitivo para Platón que el hombre consiga en este mundo ser como el auriga que mantiene firmes las riendas de su propio carro de modo que el espíritu y la razón triunfen sobre lo irracional y lo afectivo. Es decir, sobre las pasiones y los deseos. Terminamos este espacio radiofónico dedicado a la primera parte de qué es el hombre con unas palabras de la República de Platón.

Se refieren a una fábula contada por él, el armenio Hombre Esforzado, originario de Pancilia, que murió en una batalla y luego, por orden de los dioses, volvió al mundo de los mortales para enseñarles qué había visto él en el Hades, en el mundo de los muertos. Se van describiendo los juicios y los suplicios de las almas, la elección de su segunda vida, etc. Los fragmentos elegidos son estos.

El alma debe distinguir la elección que le sea provechosa. Sería funesta la elección que le movería a ser más injusta en vez de la elección que la hiciese más virtuosa. Debe conservarse pues hasta la muerte el alma firme e inquebrantable en esta determinación con el fin de que no se deje ofuscar aquí abajo por las riquezas ni por los restantes males de la misma índole.

Que no se exponga a acometer un gran número de males sin remedio y a sufrir otros todavía mayores, sino que más bien sepa mantenerse en un estado mediano y evitar por igual los extremos, sea en la vida presente, sea en todas las demás, por donde haya de pasar. De esto depende la felicidad del hombre. Y termina el diálogo de la República con estas palabras.

Convencidos de que nuestra alma es inmortal y de que por su naturaleza es capaz de todos los bienes como de todos los males, seguiremos siempre el camino que lleva a lo alto y nos dedicaremos con todas nuestras fuerzas a la práctica de la justicia y de la sabiduría. Con esto estaremos en paz con nosotros mismos y con los dioses. Y después de haber alcanzado en la tierra el premio destinado a la virtud, semejantes a los atletas victoriosos que son llevados en triunfo, seremos felices aquí abajo y durante el viaje de mil años, cuyo relato acabo de hacer.